



tianismo, como los profetas prepararon á los hebreos, no hace la escuela racionalista sino afirmar que los más ilustres entendimientos del mundo pagano alcanzaron á conocer algunas grandes verdades y doctrinas reveladas, de cuyos hechos está, en efecto, saturada la historia del mundo antiguo.

La revelación permanente de la razón en la humanidad, de que nos informa el racionalismo, no basta á explicar el hecho maravilloso, así en el Oriente como en el Occidente, del conocimiento universal de muchas de las verdades reveladas por Dios. A la sombra de estas doctrinas, pudo el mundo oriental hallar algún reposo, que templaran las inmensas amarguras de su vida social.

El siglo XIX ha mostrado especial y decisivo empeño en indagar los secretos del Oriente, y ha llegado á presagiar numerosos descubrimientos, conjeturalmente iniciados por los críticos, como más notables que los monumentos religiosos, científicos y literarios de los griegos y romanos.

Los libros sagrados de la India, sus poetas, sus filósofos, sus legisladores, sus monumentos, descubiertos por sábios europeos, háñese ofrecido como elementos de una verdadera revolución en la Historia; revolución más bien iniciada que cumplida, revolución que los orientalistas no han podido presentar ante los ojos de la crítica con aquel grado de certidumbre que la historia exige.

El Oriente nos ofrece, en verdad, religiones y civilizaciones diferentes; pero no es posible hasta el presente fijar con exactitud el desenvolvimiento histórico de sus principios, el origen de sus tradiciones, como no sea coordinándolos con las tradiciones bíblicas, de que la moderna filosofía se aparta con empeño, mientras que el Oriente se muestra tan íntimamente unido á ellas, que sin su influjo no se refleja en su seno más que la noche del misterio.

Mientras Montesquieu y Cousin explican el carácter especial del Oriente como sello distintivo impreso por la naturaleza y clima de la deleitosa región del Asia en el espíritu de los orientales, como si el mundo moral obedeciese

á la voz de la sensual naturaleza, confundiendo en uno, así el cantor de las leyes, como el filósofo ecléctico, padre de las innumerables herejías sociales y políticas del presente siglo, lo espiritual y lo material. Otro pensador moderno, Ballanche, fingiendo como otros muchos una historia convencional para el Oriente, dice que es inmóvil, porque es como la fuente de los destinos progresivos de la humanidad. ¡Bella paradoja, que convertiría al Oriente en un mundo sin libertad, inmóvil como las rocas en medio de los mares!

Niega el apóstol racionalista Laurent la inmovilidad oriental, haciendo notar lo que llama movimiento y progreso en el budhismo, ante el exámen de las sectas que comparten su imperio en la India. «El Egipto, añade, á pesar de sus petrificadas momias, tiene también su ley de movimiento y progreso, y cuenta en su historia con un Faraon revolucionario, que pretende reemplazar todos los dioses por uno solo: el sol.» Este progreso y movimiento oriental que nota el pensador racionalista, no significa otra cosa que la carrera seguida por todos los pueblos y generaciones, que, no poseyendo la verdad, la persiguen inconstantes con ciego movimiento.

La inmovilidad del Oriente existe, es un carácter innegable: existe en su amor á las viejas tradiciones, en su religión, en su literatura y en su lengua. El hecho histórico lo confirma, y ante el hecho las apreciaciones de los filósofos no son más que quimeras. La inmovilidad oriental tiene su fundamento, así filosófico como histórico; quien intente negarle, pretende seguramente negar la verdad incontrovertible de la historia.

El antiguo Oriente, hijo primogénito de la palabra de Dios, educado en el seno de la primera revelación, maestra del primer hombre y del resto del linaje humano, heredero, por decirlo así, del primer eco de la ley divina, comunicada á la criatura por labios del mismo Dios, vive en un mundo donde todo respira celestial ambiente, donde á pesar de la juvenil soberbia de la vida, de la ignorancia y olvido de las enseñanzas reveladas, todavía se siente, si no se explica, algo de la palabra comunica-



da, que viene á ser sin disputa el fundamento de toda la civilización oriental.

Entre los asirios como entre los chinos y los indios, entre los persas como entre los egipcios, la religión es la base de toda sabiduría, la religión es el fundamento de su literatura, de sus artes, de su ciencia, de su filosofía, de sus costumbres y hasta de su comercio.

La teocracia de la India, las castas en el Egipto, las leyes de Manu, el despotismo en el Asia, el carácter sacerdotal de las leyes de Nínive, los monarcas de Persia haciéndose aclamar como dioses, no son más que soberbias y torpes corrupciones, ideadas por el orgullo humano, bajo el influjo del recuerdo de antiguas y verdaderas tradiciones de un Sér, señor de la vida de los hombres; de un Padre, autoridad suprema en la familia, de un Patriarca, autoridad respetable en el seno de numerosas generaciones engendradas bajo la bendición de Dios, para ser herederas de las virtudes de sus mayores y depositarias de la palabra de lo alto.

Las instituciones como los principios se corrompen y confunden cuando las sociedades se apartan del fiel conocimiento y observancia exacta de las leyes reveladas; así el Oriente fué lento, pero tristemente, apegándose á falsos principios y creando instituciones, que si reflejaban en algo la verdad primitiva, ostentaban en primer grado la soberanía de lo material y humano, origen del despotismo oriental.

La teocracia en el mundo oriental tiene su razón de ser, si se atiende á que todo en aquel mundo respira superioridad de lo divino sobre lo humano, y aunque confundido y corrompido por la malicia de los hijos de la soberbia de Babel, vive y se mantiene incólume la idea de una poderosa acción que todo lo ordena y lo gobierna. La teocracia presta su poderoso influjo á los tronos, y los pueblos se rinden ante sus gradas, como ante la escala de los cielos; y la planta impura de los reyes se posa sobre la frente de los esclavos, sin que estos se atrevan á murmurar siquiera de la bárbara tiranía oriental. Los unos imaginándose dioses y los otros seres nefandos sobre la tierra, no son sino víctimas de la rebelde ignorancia, que queriendo mirar de frente la luz es-

plendorosa del sol de eterna verdad, cayeron ciegos, heridos por los rayos de su loco orgullo, en tinieblas de error y despotismo.

Es el hecho siempre antiguo y siempre nuevo entre los hombres y entre los imperios: cuando unos y otros se reputan dioses, conviértense en esclavos y verdugos, y truecan la paz social en anárquica constitución.

El mundo antiguo, como el mundo moderno, han podido seguir la ley de verdad, comunicada por la palabra de Dios, por la revelación, por los Patriarcas, por Cristo, por los Apóstoles y por la Iglesia; el Oriente, libre y racional como el Occidente, siguió la ley de la razón rebelde, y se apartó de la recta dirección de sus destinos. Creció poderoso en imperios y artes y ciudades; pero al fin, herido en lo sustancial de la existencia, murió para la vida de la civilización, y es un cadáver; y el Occidente mismo oye, pero no practica la ley santa de la libertad y de la civilización, de la libertad del espíritu sobre la tiranía de la soberbia y de la materia y de la carne, y corre voluntariamente por derroteros de perdición y maldad al abismo de la tiranía y de la negación del progreso.

La teocracia y el despotismo del Oriente tienen sus representantes en el Occidente; aquí se apellidan filosofismo y tiranía.

El comercio, considerado como elemento social en el Oriente, ni salvó á este, ni habrá de salvar al Occidente. El comercio, sin ley superior de verdad y de progreso, sin norte más puro y más elevado que guíe á la razón humana á contemplar lo hermoso de la región á que está destinada, no es más que el polvo que levantan las generaciones sobre el suelo de la tierra. Cuando las relaciones mercantiles extienden y propagan al par algo grande, algo verdadero, algo espiritual, pueden y deben considerarse como elemento social; de otro modo, son un juego más ó menos útil entre los hombres.

Ya que de las tradiciones orientales en religión y creencias no acierta el racionalismo á comprender que los grandes imperios traen su origen de los hijos de Noé, las lenguas y el comercio dan testimonio de la narración mosaica, como Heeren mismo, autoridad nada





sospechosa para el racionalismo, lo confirma en muchas de sus eruditas observaciones sobre esta materia, de las cuales haremos oportunamente mencion.

¡Ah! ya no está sola la palabra de Moisés; ya no son solamente los libros sagrados de los hebreos los que asignan al Ararat como punto de partida de la especie humana y de la civilización; ya está con la ciencia verdadera, con la crítica y con la historia católicas, la palabra misma de los hijos de la razón, la palabra de la sabiduría humana, según que la investigación va demostrando las huellas de la industria, del comercio, de las lenguas, de las teogonías, del despotismo y hasta de las cenizas y sepulcros de las generaciones todas del Oriente. Ya no son la China ni la India la patria de la eternidad; ya no son sus dinastías tan antiguas como la palabra de los dioses; ya es todo de ayer, ya es todo nuevo; ya se sonríe con lástima el descreído racionalismo de la supuesta antigüedad de los pueblos orientales.

Se ha combatido durante largo tiempo la filiación hebraica, tal vez sin otras pruebas que la de estar consignada en el Génesis, y ha ido á indagarse el origen del pueblo primitivo en los asirios, indos y egipcios, pretendiendo señalar una nueva genealogía á los fastos de la humanidad.

Los sábios orientalistas se mostraron llenos de orgullosa satisfacción de un triunfo, efímero por cierto, en el pasado siglo y parte del presente, cuando la literatura sanscrita fué revelada al mundo moderno, y señaladas las relaciones entre las lenguas europeas y la lengua sagrada de los brahmanes. Los orientalistas tomaron á la letra la inmensidad de ciclos y períodos que hacían remontar la historia india hasta la Creación. En este supuesto, no dudaron un punto en afirmar que la India era la cuna de la civilización; que Egipto era una

colonia brahmánica; el politeísmo griego un sistema concebido en las orillas del Ganges; los chinos, miembros de la raza india; las naciones germánicas, testimonio de la lengua de la India; los mejicanos y peruanos, en fin, descendientes de aquella raza que disputaba su antigüedad al sol. El prurito orientalista cayó por su base, desde el punto en que nuevos concienzudos trabajos y profundas investigaciones vinieron á demostrar el origen del brahmoismo.

Las brillantes hipótesis orientalistas, dice hasta el mismo Laurent, cayeron después de los indicados descubrimientos por su base. El origen de un pueblo primitivo y la nueva filiación de la humanidad, pasaron á la categoría de las fábulas, y quedó de nuevo dueña de las tradiciones históricas la inspirada historia de Moisés.

Ya no fué la China una colonia primitiva, ni la antigüedad de Egipto dejó nublarse por la supuesta de la India; las tumbas, los monumentos, las lenguas y el comercio egipcios, protestaron contra el concepto histórico del moderno orientalismo.

La unidad de la especie humana, la filología, las vías del comercio, las tradiciones, todo conspira hoy á demostrar la verdad y narración mosaica, la existencia de un pueblo primitivo, cuya historia nos es ya conocida bajo el próspero y feliz reinado de los patriarcas.

La misión del Oriente se cumplió: el pueblo primitivo, pudo y debió guardar la observancia de la ley divina, pudo y debió seguir la doctrina de la palabra revelada; en su condición inteligente y libre, se alejó de los destinos providenciales: suya es en la Historia la triste mengua del despotismo, como suya será ante Dios la inmensa responsabilidad de su inmóvil postración en las tinieblas del error, no obstante haber lucido sobre su hermoso suelo la luz del Paraíso y del Tabor.

## CAPÍTULO II

Del Asia en general.—Montes.—Ríos.—Mares.—Comercio.—Castas.  
Lenguas.—Invasiones y conquistas.

Asia: este vasto continente se extiende desde 24° á 188° de long. E., y desde 1° 18' á 76° 10' de latit. N. Su mayor extensión es de cerca de 12.800 kil. de E. á O., y de 8.410 de N. á S.; su superficie total es de 45 millones de kil. cuadrados, y su perímetro es de 57.000 kil. El Asia está situada al E. de Europa, de la cual está separada por los montes y el río Oural, el mar Caspio, el Cáucaso, el mar Negro, el canal de Constantinopla, el mar de Mármara, los Dardanelos, el Archipiélago y el Mediterráneo; al O., el canal de Suez y el Golfo Árabe la separan del Africa; al S., el Asia está limitada por el mar de las Indias; al E., por el grande Océano; el estrecho de Behring, de catorce leguas de largo solamente, entre el Asia y la América, hace comunicar al grande Océano con el Océano Glacial ártico, que baña el Asia al N.

El límite de los conocimientos antiguos respecto de este continente, puede fijarse imaginándose una línea tirada desde el límite del mar Caspio hasta la península de Malaca; y todavía no tuvieron más que nociones muy vagas de muchos países colocados dentro de esta línea. Mas allá de ella, el país de los Seras ó Sinae (China) no era conocido más que de nombre. Sus regiones eran: Asia Menor, Armenia, Parthia, Mesopotamia, Babilonia ó Caldea, Assiria, Siria, Cólquida, Arabia, Persia, India, Scitia ó Sarmatia.

De las tres partes del mundo antiguo, ninguna hay tan digna de llamar la atención del historiador, que no se limita á recorrer algunos pueblos aislados, sino que pretende abrazar todo el espacio, como el Asia, cuna del género humano. Allí es donde tuvo su origen la histo-

ria, y donde durante tantos siglos, en que el Africa estaba envuelta en profunda oscuridad y la Europa salía de ella con demasiada lentitud, se ve lucir sobre el Asia la antorcha que nos revela las grandes revoluciones de que ha sido teatro, rodeadas de una claridad á veces imperfecta, pero suficiente para dar una idea del conjunto y permitir sacar las conclusiones generales para la historia de la humanidad. Cuanto más nos remontemos en la historia; cuanto más estudiemos las tradiciones de los pueblos, sus orígenes y sus primeros destinos; cuanto más comparemos las diferencias de su desenvolvimiento exterior, más y más nos veremos arrastrados hácia el Asia, y más verosímil se hará creer que aquel país fuera la cuna del género humano, aunque el hombre haya podido ennoblecerse ó degradarse en otras partes del mundo y bajo un cielo oscuro por el concurso de circunstancias favorables ó adversas. La historia misma de las ciencias, á pesar de los esfuerzos de Occidente por enriquecerlas é imprimirlas un sello original, nos lleva sin embargo casi siempre al Oriente. Allí es donde también encontramos la patria, no solamente de nuestra religión, sino de todas las demás que á la sombra del despotismo oriental se han elevado á la categoría de religiones dominantes. La naturaleza ha favorecido al Asia de una manera especial por su posición geográfica; sus límites por el Norte se extienden á un grado de latitud, después del cual no hay región habitable para el hombre. Comprende toda la zona septentrional templada, y sus grandes penínsulas meridionales se extienden hasta más abajo de la zona tórrida. La más oriental de ellas, toca casi hasta el ecuador. Las más